

CANTICUM PRO PACEM
GUERRA Y PAZ

De la Guerra de los Treinta Años (1618) a la Capitulación de Barcelona
y fin de la Guerra de Sucesión (1714)

*«el dar muerte a la guerra con la palabra
y el alcanzar y conseguir la paz con la paz,
y no con la guerra, es mayor gloria que la dada
a los hombres con la espada»*

Agustín (354-430)
Carta a Darío, 229, 2

Con este programa «**CANTICUM PRO PACEM: Guerra y Paz**, de la Guerra de los Treinta Años (1618) a la Capitulación de Barcelona y fin de la Guerra de Sucesión (1714)», evocaremos a través de la música el gran siglo anterior al final de la guerra de Sucesión española en 1714. Se trata de un rico fresco musical y un intenso recordatorio histórico de un período muy corto –pero al mismo tiempo muy representativo– de la historia de Europa y sus conflictos. Desde el ataque de los otomanos contra los húngaros en 1613, la matanza de los judíos en Frankfurt en 1614 y los inicios de la guerra de los Treinta Años hasta el tratado de paz de Utrecht y la caída de Barcelona, constatamos la magnitud de esa tragedia constante de la civilización europea: el uso habitual de la «cultura de la guerra» como principal medio para resolver las diferencias culturales, religiosas, políticas o territoriales. La presentación de la larga y triste sucesión de enfrentamientos, guerras, invasiones, ataques, matanzas, saqueos y combates entre pueblos y etnias a lo largo de la historia de la humanidad (y, en este caso, en Europa) nos muestra que es necesario y muy urgente conseguir nuevos mecanismos relacionales con el fin de reconciliar las diferencias en un mundo fecundo en el ámbito de la acción, la palabra y el pensamiento.

Un siglo en guerra, 1618-1714

Ese siglo XVII comienza con numerosos intentos de invasión, incesantes escaramuzas y repetidos ataques de los otomanos, que invaden y devastan Hungría en diversas ocasiones, y también con el estallido de la guerra de los de Treinta Años. Ésta surgió por múltiples causas y, por su duración y violencia, supuso una pesada carga sobre la economía y la demografía de la Europa central y España. Los diferentes conflictos agrupados bajo el nombre de «guerra de los Treinta Años» desgarraron Europa entre 1618 y 1648, y enfrentaron a los Habsburgo de España y el Sacro Imperio Romano Germánico

con las potencias europeas vecinas, de mayoría protestante, y a veces también con Francia, a pesar de ser éste un país católico. Con sus diferentes episodios (los perpetuos conflictos en los Países Bajos; la paz de Praga de 1635 que, si bien no concluyó la guerra, operó un cambio en los beligerantes; la guerra contra España, donde los frentes de batalla cambiaban geográficamente del norte al sur; la guerra del Imperio otomano contra Venecia; la guerra civil de Inglaterra, nación que también interviene en la escena internacional en el seno de esa guerra tan larga como compleja; la paz de los Pirineos; la conquista de Creta por los otomanos; los tratados de Nimega y Rijswijck, y la guerra de los otomanos contra Rusia), nos damos cuenta de que la paz no es un bien separado, sino que siempre forma parte inevitablemente de la guerra. Nuestra selección de músicas concluirá con las que celebran el tratado de paz de Utrecht, que en 1713 puso fin en parte a la gran guerra de Sucesión española. Ese gran conflicto que enfrentó a las principales potencias europeas entre 1701 y 1714 fue la última gran guerra de Luis XIV, quien tenía como objetivo la sucesión del trono de España y, con ello, el dominio continental; una guerra de sucesión a la corona española que terminó el 11 septiembre 1714 con la capitulación de Barcelona, y que afectó muy profunda y duraderamente a la organización y las relaciones entre las naciones europeas y en especial la catalana y la española. La paz de Utrecht, que puso punto final al conflicto, fue uno de los tratados de paz más importantes de la Europa moderna, ya que dibujó un nuevo mapa geopolítico que marcó las relaciones internacionales durante todo el siglo XVIII y no se modificaría hasta comienzos del siglo XIX con las campañas napoleónicas y luego con un nuevo ajuste internacional de similar importancia surgido del tratado de Viena.

Música, emoción y memoria

En contrapunto a esos diferentes momentos históricos, hemos elegido interpretar las obras más representativas de autores contemporáneos, conocidos o anónimos: Dimitrie Cantemir, Kryštof Harant, Samuel Scheidt, Heinrich Schütz, Johann Rosenmüller, Joan Cererols, Heinrich Ignaz Franz von Biber, Marc-Antoine Charpentier, Johann Caspar Kerll, Joan Cabanilles, Vasili Titov, Georg Friedrich Haendel, Arvo Pärt, así como anónimos otomanos y catalanes. La música, una de las más altas expresiones artísticas del «sentir» de la humanidad, ha acompañado de modo constante a los hombres tanto en tiempos de guerra como en tiempos de paz. Ha servido a veces para fomentar la guerra y también para firmar la paz. Se ha encontrado en primera línea de batalla, así como junto a las mesas de negociación o en torno a las mesas donde se firmaron los tratados de paz cuando los antiguos enemigos decidieron por fin entenderse. Si bien ha estimulado el belicismo, también ha sabido alimentar la amistad, la armonía y el respeto mutuo. Una de las características fundamentales de toda civilización es su capacidad para recordar, ya que sin memoria no es posible construir un futuro mejor. La música es el arte de la memoria por excelencia, y la más espiritual de todas las artes (sólo existe en el momento en que resuena una voz o un instrumento); en tanto que tal, es el primer lenguaje del ser humano.

«Sin los sentidos no hay memoria, y sin memoria no hay pensamiento», afirmó Voltaire. Sin el poder de la música para estremecernos con su emoción y su belleza, no nos resultaría posible convertirnos en plenamente humanos; como escribió Goethe: «Quien no ama la música no merece el título de hombre; quien sólo la ama no es más que un hombre medias; quien la cultiva es un hombre cabal»). Según Goethe, el son musical posee un acceso directo al alma humana. En ella encuentra de inmediato una resonancia «porque el hombre lleva en sí la música».

Se trata de un gran siglo que vio nacer a creadores, científicos, exploradores y pensadores extraordinarios, pero que igualmente conoció numerosos conflictos donde se entremezclaron luchas religiosas y ambiciones territoriales en la Europa cristiana. Ese siglo fue también testigo de la expansión del mundo musulmán hacia el oeste y desembocó en una nueva relación de fuerzas en la cual los Estados soberanos se impusieron a los elementos feudales residuales, favoreciendo la consolidación de monarquías absolutas como la de Luis XIV. La emoción de la música, asociada a los hechos históricos, nos permitirá de reflexionar de otro modo y se convertirá en un medio muy poderoso para lograr

comprender mejor el origen y la persistencia de la violencia inherente a toda guerra, así como las dificultades para alcanzar una paz duradera y justa entre vencedores y vencidos, y entre pueblos de diferentes culturas y religiones.

Ejércitos reales contra ejércitos nacionales

No hay que olvidar que, la mayor parte del tiempo, esas guerras son resultado de conflictos de poder que enfrentan a los ejércitos reales de uno o varios países contra el pueblo de la nación o el país invadido, o que en ocasiones enfrentan a los ejércitos entre ellos con la complicidad más o menos forzosa o voluntaria de los autóctonos. En ese siglo XVII, los ejércitos están normalmente constituidos por soldados profesionales: aristócratas, los mandos; mercenarios, el resto de la tropa. Escuchemos lo que decía Erasmo de Rotterdam ya en 1500 en su advertencia a los príncipes de la época: «Y ahora haced un ejercicio de introspección, príncipes, y reflexionad: si alguna vez habéis visto las ciudades arruinadas, los pueblos reducidos a cenizas, las iglesias incendiadas, los campos devastados, y, si ese espectáculo os parece tan desolador como lo es realmente, decíos que ése es el fruto de la guerra. Si consideráis penosa esa necesidad de introducir en vuestro reino la multitud inmensa y maldita de los soldados mercenarios, de alimentarlos con la ruina de vuestros súbditos, de intentar complacerlos y adularlos incluso, más aun, de confiar vuestra persona y vuestra seguridad a su mero capricho, decíos también, oh, príncipes, que esa desgracia es el fruto de la guerra. La guerra es el flagelo de los Estados, la tumba de la justicia. Las leyes enmudecen en medio de las armas».

El cambio grande y terrible se hará sistemático tras la Revolución francesa y, más precisamente, a partir de Napoleón con el alistamiento obligatorio de los jóvenes procedentes de todas las familias campesinas o urbanas. Los conflictos se convertirán entonces en verdaderas guerras entre naciones: la nación francesa contra la nación rusa, la nación alemana contra la nación francesa, etcétera. Las diferencias de clase entre la aristocracia y el pueblo se manifestarán en una concepción elitista de la distribución de tareas y responsabilidades; y el resultado serán las terribles carnicerías de soldados rasos de la primera guerra mundial o de la segunda, más horrible y más universal aun, con millones de muertos (entre 65 y 75), muchos de los cuales civiles.

La cultura de la guerra

La guerra acompaña la vida de los hombres y las mujeres de este mundo desde hace más de 5.000 años y todavía hoy, a principios del siglo XXI, la cultura de la guerra es más fuerte y activa que nunca. Cada vez más numerosos por todo el planeta, los conflictos armados son la causa cotidiana de miles de víctimas, a menudo inocentes. Dada la existencia de más de 35 millones de desplazados en el mundo, nunca en la historia de la humanidad habíamos llegado a niveles tan dramáticos de refugiados y personas que no pueden regresar a sus países de origen.

Las guerras, como la esclavitud, son formas de violencia institucionalizada; no son naturales ni normales, se originan en el ámbito cultural. Como recuerda Raimon Panikkar en su obra *Paz y desarme cultural* (1993): «El primer ejército permanente, como organismo especializado en la violencia, nace en Babilonia en el momento en que la sociedad pasa del matriarcado al patriarcado». Jan C. Smuts ha escrito: «Cuando contemplo la historia soy pesimista (...) pero cuando contemplo la prehistoria soy optimista». En efecto, la prehistoria no conocía las guerras, por más que también existiera entonces la violencia más o menos tribal.

La civilización basada en el poder comenzó hacia 3000 antes de nuestra era, en el momento en que la invención de la escritura permitió al poder organizarse y establecer un control preciso sobre la so-

ciudad, lo cual favoreció el auge de la esclavitud para cubrir las necesidades de mano de obra barata y soldados. A partir de ahí, aumentó progresivamente el número de las guerras y sus víctimas.

Sin embargo, no olvidemos que «durante más del 95% de su existencia, el hombre fue cazador y no guerrero. La transformación urbana que acompañó la revolución neolítica se caracterizó por el paso de una civilización matriarcal a una civilización patriarcal».

Paz y desarme

También la búsqueda de la paz acompaña la vida de los hombres y las mujeres de este mundo desde hace más de 5.000 años, pero hoy todavía sigue pareciendo en el plano mundial una utopía inalcanzable. Con todo, el arte de la vida humana consiste justamente en desafiar lo que parece imposible. Dicho esto, y como tan bien subraya Raimon Panikkar: «La aproximación a la paz mediante una única cultura no ha superado el arquetipo de la *pax romana* [...] Esa pretendida paz nos es necesaria para imponer nuestra cultura, nuestra economía, nuestra religión o nuestra democracia». En realidad, la paz no es posible sin desarme, pero el desarme exigido no es sólo nuclear, militar o económico. Hace falta también, como propone Panikkar, un auténtico desarme cultural, «un desarme de la cultura dominante, que amenaza con convertirse en una monocultura que puede ahogar todos los demás cultivos y acabar asfixiándose a sí misma». ¿Hay forma de detener la carrera de unos armamentos cada vez más mortíferos y la proliferación mundial de todo tipo de armas cada vez más sofisticadas de destrucción? No podemos olvidar los más de 124 millones de víctimas causadas por las numerosas guerras del siglo XX desde la primera guerra mundial hasta los conflictos más recientes, ni olvidar que más de 800.000 personas mueren cada año debido a la violencia armada ni tampoco que la violencia armada es una de las diez principales causas de muerte en más de cincuenta países.

Reconciliación

También la historia tiene una memoria, y esta memoria nos enseña que «la victoria no conduce nunca a la paz, la paz no es el fruto de la victoria»; así lo demuestran las decenas de miles de documentos estudiados por Jörg Fisch a partir de los cuales escribió su obra *Krieg und Frieden im Friedensvertrag* (Stuttgart, 1979). Tales documentos ponen de manifiesto la mayor ceguera humana que quepa imaginar, pero también la mayor ingenuidad. En conclusión, la historia nos muestra que la paz no se consigue con un tratado, del mismo modo que el amor no se obtiene por decreto. Hay algo en la naturaleza de la paz, como en la del amor, incapaz de obedecer una orden; en definitiva, «sólo la reconciliación lleva a la paz». Toda paz se compone de tres elementos iguales y esenciales: libertad, armonía y justicia. Sin embargo, como dice Panikkar, «la justicia no debe confundirse con la legalidad [...] ¿O debemos recordar la misma Constitución de los Estados Unidos, que excluyó a esclavos y negros?».

Estoy firmemente convencido de que sólo es posible combatir a los principales enemigos del hombre, que son la ignorancia, el odio y el egoísmo, mediante el amor, el saber, la empatía y la comprensión; ¿y no es ésta contribución la función última del arte y el pensamiento? Por esta razón resulta necesario conocer nuestro actual mundo globalizado, ser más conscientes de la complejidad de las situaciones en las que vivimos con el fin de reflexionar con independencia sobre los medios que podrían contribuir a cambiar «la terrible situación de desbarajuste en la que vive una humanidad agotada, que parece haber perdido el contacto con los valores esenciales de la civilización y el humanismo» (Amin Maalouf).

Un mundo en crisis

El desbarajuste del mundo se ha acentuado en estos últimos años debido a una política económica inhumana que ha sacrificado millones de vidas para imponer unos sistemas de explotación totalmente caducos. Por ello sorprende aun más, en esta época de grave crisis económica, el fuerte aumento de los gastos militares mundiales, que han superado la astronómica cifra de 1,7 billones de dólares y que no dejan de alimentar y prolongar los numerosos conflictos armados que causan estragos en Oriente y Occidente, muchos de ellos no resueltos y sin esperanza de resolverse a corto plazo. Por desgracia, esta proliferación de los conflictos de larga duración (en Afganistán, Iraq, Chechenia, Palestina, y en África) y otros más recientes (Siria), junto con las guerras llamadas «irregulares» (guerrillas en América Latina y terrorismos diversos), han generado hasta la fecha miles de víctimas inocentes y más de 35 millones de desplazados en el mundo. Como escribió de modo acusador Erasmo en 1516: «La guerra golpea la mayoría de las veces a quienes nada tienen que ver con ella». Veinte años después de haber permitido la destrucción sistemática de Sarajevo y la matanza de miles de bosnios inocentes, asistimos al martirio del pueblo sirio con la misma indiferencia humana y la total pasividad de los grandes países. El mal absoluto es siempre el que el hombre inflige al hombre, y constituye un hecho universal que concierne a toda la humanidad. Hannah Arendt fue quizá la primera en reconocerlo cuando escribió en 1945 que «el problema del mal será la cuestión fundamental de la vida intelectual en Europa después de la guerra». El arte, la música, la belleza ¿pueden salvar al hombre de ese mal?

En la novela *El idiota* de Dostoievski, un ateo llamado Hipólito pregunta al príncipe Mishkin: «¿Es cierto, príncipe, que ha asegurado usted en una ocasión que la belleza salvaría el mundo? Señores – exclamó, dirigiéndose a todos–, el príncipe afirma que la belleza salvará al mundo. [...] ¿Qué clase de belleza será la que salve al mundo? [...] Michkin lo miró con atención, en silencio». El príncipe carece de respuesta, pero nosotros creemos, como Antoni Tàpies, *en un arte que sea útil a la sociedad*, un arte que por medio de la belleza, la gracia, la emoción y la espiritualidad tenga el poder de transformarnos y convertirnos en más sensibles y solidarios.

Quisiera concluir citando a José Saramago, un gran escritor, un hombre comprometido y un amigo muy querido: «Si a mí me mandaran colocar por orden de precedencia la caridad, la justicia y la bondad, el primer lugar se lo daría a la bondad, el segundo a la justicia y el tercero a la caridad. Porque la bondad, por sí sola, ya dispensa la justicia y la caridad, la justicia justa ya contiene en sí caridad suficiente. La caridad es lo que resta cuando no hay bondad ni justicia. [...] Añadiré una pequeña apostilla. Sin embargo, puede convertirse en el resorte personal de cada individuo, el mejor contraveneno del que puede dotarse ese “animal enfermo” que es el hombre».

JORDI SAVALL
Bellaterra, otoño del 2014

Traducción: Juan Gabriel López Guix

Principales obras consultadas:

- Arendt, Hannah, *The Human Condition* [1958], Chicago, University of Chicago Press, 2010.
Canto-Sperber, Monique, *L'idée de guerre juste*, París, Presses Universitaires de France, 2010.
Cheng, François, *Cinq méditations sur la beauté*, París, Albin Michel, 2006.
Dower, John W., *Cultures of War*, Nueva York, W.W. Norton & Company, 2010.
Judt, Tony, *Postwar. A History of Europe since 1945*, Nueva York, Penguin, 2005.
Lynn, John A., *The Wars of Louis XIV, 1667-1714*, Londres-Nueva York, Longman, 1999.
Maalouf, Amin, *Le dérèglement du monde. Quand nos civilisations s'épuisent*, París, B. Grasset, 2009.
Martín Marcos, David, *El papado y la guerra de Sucesión española*, Madrid, Marcial Pons, 2011.
Panikkar, Raimon, *Paz y desarme cultural*, Santander, Sal Terrae, 1993.
Traverso, Enzo, *L'histoire comme champ de bataille. Interpréter les violences du XXe siècle*, París, La Découverte, 2011.
Zweig, Stefan, «Die Geschichte als Dichterin», *Neues Wiener Tagblatt*, 22 noviembre 1931.

P. S.: Nuestra antigua civilización se ha desarrollado desde sus orígenes (hace más de 5.000 años) sobre la cultura de la guerra, así que no resulta sorprendente constatar que, contando sólo el breve período de un siglo de historia europea que va de 1600 a 1714, no hubo día ni transcurrió año alguno sin la existencia, en el seno del territorio europeo, de un conflicto armado: guerras de territorio, de poder o de religión.

- 1603 Fin de la guerra de Irlanda, «pacificada» por las tropas inglesas.
- 1610 Guerra ruso-polaca (los polacos ocupan Moscú hasta 1612).
- 1612 Fin de la guerra entre Suecia y Dinamarca.
- 1614 Matanza de judíos en Frankfurt.
- 1617 Fin de la guerra ruso-sueca.
- 1618 Inicio de la guerra de los Treinta Años, tras la defenestración de dos emisarios austríacos en el castillo de Praga.
- 1624 Las tropas españolas asedian Breda, que capitula seis meses más tarde.
- 1625 Dinamarca participa en la guerra de los Treinta Años junto a los protestantes.
- 1629 La paz de Lübeck pone fin a las incursiones danesas en Alemania del norte.
- 1630 Suecia se incorpora a la guerra de los Treinta Años.
- 1630 Conflictos en el norte de Italia entre franceses y españoles en relación con Saboya.
- 1633 Asedio de Smolensk por parte de las tropas suecas.
- 1635 Fin de la guerra sueca.
- 1636 Richelieu declara la guerra a España.
- 1639 El ejército inglés ataca a los escoceses sublevados.
- 1640 (6 junio) Guerra de los Segadores y secesión de Cataluña.
- 1640 (1 diciembre) La sublevación de Portugal pone fin al dominio español.
- 1642-1647 Guerra civil en Inglaterra.
- 1644 Sensible aumento de los impuestos en Francia para financiar la guerra, y consiguientes revueltas de las provincias meridionales contra las exacciones.
- 1648 La paz de Westfalia pone fin a la guerra de los Treinta Años.
- 1650 Victoria de Cromwell sobre los escoceses en Dunbar.
- 1652 Colonización sistemática de Irlanda por los ingleses.
- 1652 Guerra marítima entre Inglaterra y las Provincias Unidas.
- 1659 Paz de los Pirineos, España cede a Francia el Rosellón, una parte de la Cerdaña y Artois.
- 1659 Constitución de la Liga del Rin (Baviera, Brunswick y Hesse) contra Austria y los Habsburgo.

- 1660 Fin de la guerra entre Suecia y Polonia (tratado de Oliva).
- 1667 Francia se embarca en la guerra de Devolución: el vizconde de Turenna emprende la conquista de los Países Bajos, el tratado de Breda pone fin a la segunda guerra anglo-holandesa.
- 1668 España reconoce la independencia de Portugal.
- 1669 Los venecianos son expulsados de Creta por los turcos.
- 1672 Guerra de franco-neerlandesa: Francia e Inglaterra contra las Provincias Unidas de los Países Bajos (junto con España y el Sacro Imperio Romano Germánico).
- 1676 Batallas navales en Stromboli, Augusta y Palermo.
- 1678 Tratado de Nimega, España cede a Francia el Franco Condado, una parte de Artois, Cambresis y una parte de Flandes y Hainaut.
- 1683 Guerra entre los turcos y los Habsburgo, asedio de Viena.
- 1684 El papa lanza una Santa Liga contra los otomanos.
- 1686 Los austríacos arrebatan Buda a los otomanos y se anexionan el país.
- 1687 Carlos V de Lorena derrota a los otomanos en Mohács, destrucción del Partenón durante la guerra turco-veneciana.
- 1688 Francia ocupa Aviñón y el Condado Venaissin.
- 1688 La Liga de Augsburgo declara la guerra a Luis XIV.
- 1690 Capitulación de los irlandeses insurrectos en Limerick.
- 1699 Derrota de Dinamarca frente a Suecia.
- 1700-1720 Gran guerra del Norte entre Rusia y Suecia con implicación de otras potencias del norte y el este de Europa.
- 1702 Inicio de la guerra de Sucesión española, que enfrenta a Francia y sus aliados contra el Sacro Imperio, Gran Bretaña y las Provincias Unidas.
- 1713 Los tratados de Utrecht ponen fin a la guerra de Sucesión española: Felipe V cede al Sacro Imperio sus posesiones en Italia y los Países Bajos, Gran Bretaña conserva el dominio de los mares y Gibraltar.
- 11 sept.1714 Asedio y caída de Barcelona.